



¡El maldito mapa!

QUERA muy mala persona aquel muchacho; la mayor parte de los días hacía novillos y se iba al arroyo á coger cangrejos y cuando asistía á la escuela no dejaba en paz á nadie, no atendía nunca á la explicación del maestro, se reía, jugaba y concluía por alborotar la clase y obligar al profesor á levantarse y á darle un par de buenos pescozones, para que se estuviera quieto. ¡Y si por fin brillase por su aplicación!... ¡Pero cá!... No le había más desaplicado!... Una semana llevaba sin aprender ni palabra de las lecciones... Eso no se podía tolerar, no podía aguantarse; una semana trayendo de memoria el mismo trozo y ni siquiera sabía una jota... ¡Pues ya vería lo que le pasaba!... Precisamente el maestro tenía autorización de su padre para reventarlo por holgazán...

Apenas entró en la clase aquella maña-

na y se sentó en su sitio, le dijo el maestro, con cara de vinagre: ¡A ver!... la lección... El chico se puso de pie muy colorado, balbuceó, miró al techo, quiso pronunciar algo y concluyó por no despegar los labios; como siempre, no la sabía... ¡Ahora mismo, de rodillas al portal, para que todo el mundo se enterase del castigo, para que el pueblo entero le viera... ¡Que tomara el mapa de España, el del marco que pesaba una atrocidad y que lo sostuviera á pulso hasta que se le ordenara bajar el brazo!... ¡Qué vergüenza de criatura!... El maestro concluyó su homilia descargando un furioso puñetazo sobre la mesa para dar más energía á sus palabras.

El mocito no lloraba ni protestaba, con los ojos torvos miraba á hurtadillas al maestro, muy sombrío el rostro y sacando un hociquillo tremendo, de coraje; pero era preciso obedecer y refunfuñando por lo bajo para no hacer amistades con la palmeta, cargó el chiquillo con el mapa y se dirigió al portal.

— ¡Deje V. la puerta abierta para que yo le vigile, voceó el domine con hueca voz!

Así se quedó la puerta; de tal modo el maestro, sin moverse de su mesa, distinguía perfectamente al muchacho.

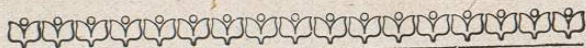
El chiquillo llegó al portal, se arrodilló, extendió su brazo y sostuvo á pulso el mapa, siguiendo las indicaciones del maestro, pero era el rapaz un truhán de lo fino; en seguida se cansó de lo violento de la postura y comenzó á pensar como remediaría el entuerto, porque lo que es así no podría estar mucho tiempo. Mirando á la pared acertó á descubrir allá arriba, donde llegaba el mapa casi, una de las escarpas en que el profesor colgaba las uvas para que se secasen; una idea luminosa se le ocurrió entonces á la astuta criatura; con mucho cuidado, se ladeó, atisbó si el dómene se hallaba en su sitio y advirtiendo que sí, esperó pacientemente mejor ocasión para realizar su plan; al cabo de un rato tornó á escudriñar la escuela; el maestro no estaba ya en su mesa; habíase levantado de su sillón, y andaba por entre los pupitres de los discípulos corrigiendo las planas; esta operación era entretenida; ahora, ahora era la oportunidad.

Entonces alargó el mapa hasta tocar con el clavo; con gran tiento le metió dentro de la anilla del marco y lo dejó suspendido pero sin soltarlo y sin bajar el brazo pareciendo así al pronto que el chico continuaba soportando el peso y sufriendo su

castigo; la cosa duraría poco, pero lo que durase eso ganaba...

La confianza le perdió; aprovechándose de que el dómene no se hallaba en su mesa bajó el brazo para descansar... ¡Uy que gusto!... Pero de repente, sin que tuviera tiempo de alzarlo otra vez, el profesor tornó á su sillón, miró al portal y se encontró con el raro caso de aquella carta geográfica suspendida en el aire... ¡Hola!... ¡hola!... El chico se quedó pálido como la cera, más muerto que vivo; el maestro se plantó de un salto á su lado, enterándose de la trampa y pidiendo al atortolado estudiante la mano le arrimó una de palmetazos atroz, odiando desde entonces el mocito la geografía y los mapas.





El Perro negro y el Faldero blanco

TODAS las tardes, á la misma hora, los paseantes que tomaban por aquella calle del Retiro descubrían, sentado en un banco próximo á la estatua de piedra de no sé qué rey austriaco, un caballero joven, simpático, bien puesto, de barba partida, que permanecía allí un buen espacio de tiempo dejándose acariciar blandamente por el sol. Delante de él, un niño como de ocho años, blanco, sonrosado, de melena rubia, derecho y flexible, con la flexibilidad de una vara de junco, y un perrazo enorme, negro, lanudo, de ensortijado pelo corrían que se las pelaban, sin darse punto de reposo.

A primera vista se advertía el cariño que can y muchacho se profesaban; el chico, resplandeciéndole el rostro de júbilo abrazaba con frecuencia al animal, le be-

saba, le decía mil ternezas; si pasaba algún barquillero y su padre le compraba barquillos, el primero era para el tuso, que no aguardaba á que se lo brindasen dos veces. Del mismo modo el perro debía adorar á su amito; en cuanto podía poníale las manos en el pecho, tendiendo á lamerle el rostro; al retozar con el chico jamás le producía daño alguno, y aunque le echara los dientes, no apretaba nunca. Y se entendían... ¡Vaya si se entendían! ¡Menu-dos diálogos armaban á gritos y ladridos! A lo mejor rodaban por el suelo, y los dos se levantaban riéndose á carcajadas el mocete, y riéndose el chucho á su manera, sacando mucho la lengua y abriendo desmesuradamente la boca... «*Leal!... Corre!... ¡Tráeme esa naranja!...*» Y *Leal* volaba por ella y la traía con la rapidez de un cohete; y vuelta á rodar el fruto, y tornar á galopar por él el perro, hasta que se acostaba, aullando suavemente, como diciendo: «Estoy reventado.» Al escondite, al toro, al circo... ¡Sabe Dios á las cosas que jugaban!... ¡Bien se divertían!...

Y tenían su público; todas las tardes, un perrillo desorejado y rabón, flaco, astroso, blanco, sucio, pequeñuelo, trascendiendo á la legua á mal comido, venía por

entre el ramaje y se sentaba al borde del paseo á contemplar cómo el niño y el perro negro retozaban. Cuando apareció el primer día, el perro negro fué á escape á olerle y se le acercó con la cola en alto, los ojos encendidos y muy fosco, dispuesto si se terciaba, á arrimar un bocado al mirón; el niño silbó al can, le gritó y le contuvo con la voz; luego se acercó al falderillo sucio, que había echado á huir espantado, deteniéndose al notar que el perrazo negro no le perseguía, le llamó con blandura, consiguió que se quedara quieto, agachado, meneando el pedacillo de rabo que le restaba y le pasó la mano por el lomo para animarle; después le regaló un pedazo de caramelo, con gran escándalo del perrazo negro, que contemplaba absorto tal operación; el falderillo sucio miró al mocete con unos ojos muy tristes y se comió el dulce; un hombre que barría por allí cerca le dijo al niño que aquel can era del guarda.

Todas las tardes, apenas llegaban al paseo el niño y el perro negro, aparecía por entre el ramaje el falderillo del guarda, se sentaba frente á la estatua, junto á la canal del riego, y allí permanecía las horas muertas inmóvil, sin pestañear, es-

perando el barquillo que el niño le daba cuando el galleguillo de la boina atravesaba voceando por allí, al olorcillo de los cinco céntimos del caballero del banco. El perro negro había concluido por no sentir mala voluntad contra su compinche, y hasta quiso jugar con él en más de una ocasión, pero el faldero del guarda era muy tímido ó muy insociable, y nunca se le ocurrió echar cuatro regates con su camarada ni galopar detrás del niño siempre que le achuchaba con su pañuelo de la nariz, queriendo jugar á las corridas de toros; nada, el faldero no quería alternar con ellos.

Un día faltó el falderillo del guarda al paseo... Apenas llegaron, advirtieron el perro negro y su amito la ausencia del grave can... ¡Hombre!... ¿Qué le pasaría? Sin duda estaría malo, porque aunque á veces se retrasaba, no dejaba nunca de venir en busca de su barquillo... Pero en seguida olvidaron al chucho mirón, engolosinados con el juego, y no se ocuparon más de él.

Al marcharse tropezaron con el barren-dero, y el niño le preguntó:

— Diga usted, buen hombre. ¿Y el perro del guarda?...

El vejete dió de mano á la escoba, se arregló la faja, se quitó la gorra rascándose la pelambre, se la volvió á poner, y replicó muy despacio:

— Pus le han matao, señorito.

— ¿Que le han matado? — exclamó el niño con asombro, mientras su padre, el caballero del banco, añadía, dando al vejete un cigarrillo para buscarle la lengua:

— ¿Y cómo ha sido eso?

— Pus ná, señor — siguió el barrendero, encendiendo su pitillo con un fósforo de cartón. — Allí donde usted le veía, tan encogio, era un perro mu vigilante pa su amo; no se podía acercar naide á la choza del guarda, porque le veía y emprendía á ladrar que dejaba sordo. La otra amanecía por él cogieron tres granujas que andaban robando lilas, y que por lo visto, se la juraron, pues antiyer oyó el guarda unos lamentos muy grandes en anocheciendo, corrió á donde sonaban y se encontró á los tres pillastres, que tenían al falderillo en el suelo y le pegaban una paliza descomunal. Al ver el guarda escaparon, pudiendo prender á uno; pero el perro se murió, porque le habían partido la cabeza de un garrotazo... ¡Si viera usted! ¡Todo el perso-

nal lo hemos sentido, porque el tuso era muy fiel y nos servía de mucho!...

El barrendero no prosiguió, tornó de nuevo á llevarse con la escoba la hojarasca, y el niño se marchó aquella tarde triste á su casa, y hasta el perro negro parecía que iba meditabundo, como si se hubiera enterado también del desgraciado fin del falderillo del guarda.



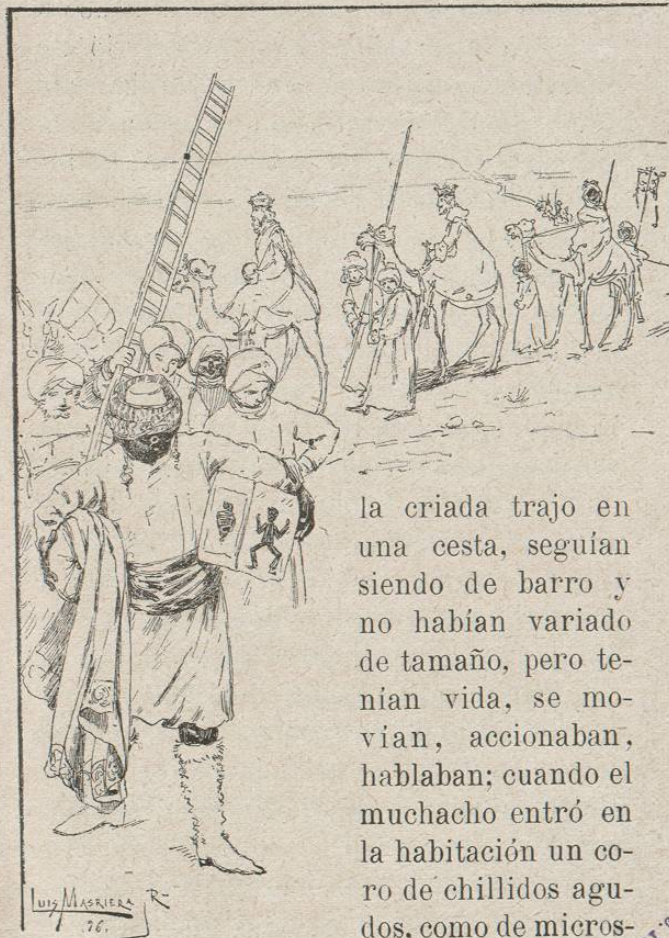


La pesadilla del Nacimiento

Dios Santo! ¡No le cabía duda ninguna! Aquel estrépito sonaba en el gabinete donde estaba el Nacimiento, y parecía así como si se hubiera armado una pelea descomunal en la habitación. Lo primero que se le ocurrió al niño fué que el gato se había colado en la pieza y andaba por el peñasco trota que trota; pero no, se acordaba muy bien de que cerró la puerta con el picaporte, y sólo abriendo una persona podría colarse el animal. ¡A no ser que la muchacha entrara en el cuarto á última hora, y como era tan flaca de memoria lo dejara entornado! Resuelto, pues, á averiguar la verdad, el mocito tomó un candelero, encendió la vela y penetró á escape, más muerto que vivo, en el gabinete.

El cuadro que se ofreció á sus ojos le dejó aterrado. Diríase que por el Naci-

miento acababa de pasar el remolino de un ciclón, trastornándolo todo á su paso. Las innumerables figuritas que el niño compró en la plaza de Santa Cruz, y que



la criada trajo en una cesta, seguían siendo de barro y no habían variado de tamaño, pero tenían vida, se movían, accionaban, hablaban; cuando el muchacho entró en la habitación un coro de chillidos agudos, como de micros-

cópicas personas, llenaban el aire diciendo:

«¡A ellos, á ellos! ¡Que roban á los Reyes!»

La criatura clavó los ojos en el sitio en que estallaban las voces, y descubrió un tumulto espantoso. El lance ocurría en la parte alta de un caminito que bajaba de la sierra; allí, entre dos peñascos, se distinguía á los tres Reyes Magos apelonados en derredor de sus camellos y defendidos por los escuderos que enristaban sus alabardas. Diez ó doce labriegos astrosos y mal fachados les cortaban la retirada, acometiéndoles con garrotes, mientras otros varios, subidos en las rocas próximas, disparaban atroces pedradas al tropel de pastorcillos que, soltando sus ofrendas, dejando en el suelo las orzas de miel, el cabritillo ó los panes, echaban cuesta arriba á auxiliar á los apurados Monarcas: un mesón que se erguía junto al lugar del combate estaba ardiendo, sin duda incendiado por los ladrones; un rebaño entero, huyendo por las breñas, se había precipitado en el río rompiendo su cauce de cristal; la alarma cundía por los alrededores; las zagalas huían azoradas lanzando gritos agudos, aumentados por el eco; los ancianos va-

cilaban sin saber qué hacer; lloraban los chicos; tres ó cuatro campesinos de los que volaban en socorro de los Reyes se hallaban tumbados boca arriba, muertos, sin cabeza ó partidos por la cintura; en las diversas casas de aquellos contornos la gente asomada á las ventanas alentaba á los heroicos pastorcillos; en la montaña, varios gañanes corrían que se las pelaban á avisar á la guarnición de la plaza de los Magos, que allá al fondo levantaba sus muros de corcho y sus palacios de talco y alarmados por el resplandor del incendio, por los alaridos de las mujeres que bajaban aterrorizadas al valle, por la fuga de las ovejas y de los perros que se desparramaban por la campiña, trasmitíase el pánico al resto del peñasco hasta el punto de que el mismo San José se asomaba al portal á ver lo que ocurría.

Al cabo sucedió lo que debía suceder; los pastores, más numerosos que los bandidos, los acorralaron, tumbaron por el suelo seis ú ocho que rodaron de peña en peña deshaciéndose, apresaron dos ó tres, alguno se escapó, y los Reyes se libraron del asalto, sacando sus cabalgaduras con las patas y la cola rotas, y aun perdiendo el negro una mano y un escudero media ca-

beza; habíase, pues, conjurado el peligro; los labriegos se dedicaron á apagar el fuego trayendo cubos de agua; acudieron soldados de la plaza; la gente paró en su precipitada fuga; fué volviendo la calma; cesaron las voces y el peñasco todo se tranquilizó. Pero ¡Dios mío! En qué estado quedaba el Nacimiento!...

El río de cristal destrozado; un montón de ovejas apelotonadas obstruyéndolo; infinidad de figuras perniquebradas, ahumadas, sin narices; la casa quemada, hecha pavesas; el camino trocado en un arroyo; los Monarcas sucios y rotos; ningún pastor en su sitio; todo ahumado é inservible. ¡Ah! Ya recordaba él, ya, dónde había comprado los ladrones; en aquel puesto de la esquina tan antipático. ¡Si no podía suceder otra cosa! ¡Por diez céntimos cada figura, qué iban á darle!... gentuza. Más cuenta le hubiera tenido á su papá no mercar los muñequetes sino por lo menos de á real por barba, como los Reyes Magos, que eran de lo más fino que se vendía en la plaza de Santa Cruz. ¿Y qué iba á hacer ahora en vísperas de Navidad, sin tiempo para reponer lo destruido, teniendo citados á sus amiguitos, que acudirían con sus tambores dispuestos á redoblar hasta que

les dolieran las muñecas? El pobre muchacho no pudo resistir más, sintió una angustia enorme que le subía del pecho á la garganta y le picaba en los ojos, y de pronto, dejándose llevar de la angustia, echó á llorar, y... despertó.

Había sido todo un sueño terrible. Sin embargo, la cosa ofrecía tales caracteres de realidad; el muchacho tenía tan presente la catástrofe del peñasco, que en seguida se echó de la cama, se vistió á escape, abrumado por una zozobra tremenda, y en dos brincos se plantó en el gabinete, abriendo la puerta de golpe. El peñasco se hallaba incólume, las figuras en su sitio, los Reyes seguían tranquilamente su ruta, sin que nadie se metiera con sus majestades, no había ardido casa ninguna, y la más plácida calma se advertía en el hermoso corcho; se trataba, pues, de una pesadilla. Entonces el niño dió una zapateta en el aire, y con el corazón lleno de alegría gritó, dando suelta á su alborozo: ¡Viva el Nacimiento!

